

Daniel Hernández Guzmán

Algunos apuntes sobre Víctor Vich

Víctor Vich, *El caníbal es el Otro: Violencia y cultura en el Perú contemporáneo*. Lima: IEP Ediciones, 2002, 90 pp.

—*El discurso de la calle: Los cómicos ambulantes y las tensiones de la modernidad en el Perú*. Lima: IEP Ediciones, 2001, 193 pp.

—y Virginia Zavala, *Oralidad y poder. Herramientas y Metodologías*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2004, 131 pp.

Daniel Hernández Guzmán es estudiante del pregrado en Estudios Literarios y coterminar en el posgrado de Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

EL PROPÓSITO DE esta reseña es hacer una revisión panorámica de las propuestas conceptuales, teóricas y metodológicas hechas por el académico peruano Víctor Vich con relación a las posibles prácticas que se puedan ejercer sobre objetos textuales y/o presuntamente literarios desde perspectivas provenientes de los estudios culturales. Para esto, he seleccionado sus libros *El discurso de la calle. Los cómicos ambulantes y las tensiones de la modernidad en el Perú* (2001), *El caníbal es el Otro. Violencia y cultura en el Perú contemporáneo* (2002), y *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas* (con Virginia Zavala) (2004), y sus ensayos “Sobre cultura, heterogeneidad, diferencia” (2001) y “Desobediencia simbólica: performance, participación y política al final de la dictadura fujimorista” (2004), así como una entrevista hecha en el 2006 y una conferencia realizada en el 2011. Como se desprende por los títulos a revisar, los cuales abarcan gran parte de la producción escrita de este autor, hay recurrencia de dos temas: el Perú contemporáneo y la producción oral. Estas dos temáticas dan cuenta de una tensión persistente entre prácticas culturales y lo político en las indagaciones de Vich, asunto que lo emparenta con problemáticas propias tanto de los estudios culturales como de los estudios literarios (disciplina en la cual se/de formó). Haré un recuento de cada uno de los textos que trataré antes de proceder a analizarlos.

En el año 2001, de su doctorado en la Universidad de Georgetown en los Estados Unidos, surgió el libro *El discurso de la calle*. En éste se hace un estudio etnográfico y textual de los discursos de los cómicos callejeros de la Plaza San Martín de Lima durante la primera mitad del año 1996. Vich analiza cómo en estos textos, desde la marginalidad y oralidad, se contienen las tensiones presentes en el Perú contemporáneo. Luego, revisa estas tensiones en retrospectiva de los fracasos, fracturas y exclusiones que propició el proyecto moderno de nación que fue impuesto al importar modelos extranjeros para la fundación del Perú. En *Los cómicos ambulantes* se analiza cómo el discurso callejero da cuenta de la eficacia y fractura que la modernidad ejerce sobre los sujetos marginales así como de las formas en las que estos sujetos ejercen resistencia. De esta forma, en este libro, Vich traza vínculos entre modernidad, cultura, oralidad, y política en el Perú contemporáneo.

En *El caníbal es el Otro* Vich retoma el contexto del Perú contemporáneo, más explícitamente el Perú de la guerra entre Sendero Luminoso (SL) y el gobierno peruano, principalmente bajo el mandato de Alberto Fujimori. En este libro él hace un análisis sobre cómo las formas “literarias” y narrativas dan cuenta de ciertas perspectivas del conflicto. Para esto, Vich analizó un poemario recogido por Rosa Murinache conformado por versos extraídos de los discursos de Abimael Guzmán, que muestra la perspectiva de SL, dos relatos de víctimas, una de

SL y otra de los militares, y la novela *Lituma en los Andes* de Mario Vargas Llosa. Este trabajo pretende articular los diferentes discursos con el conflicto armado, para así revisar componentes culturales e ideológicos que estuvieron insertos en la guerra. Para Vich, de nuevo, discurso y cultura son fundamentales para el análisis político e histórico. La guerra comprende tanto el plano material (económico y armamenticio) como el cultural (discursivo), puesto que la conformación de subjetividades procede de ambos lugares.

Oralidad y Poder, que fue escrito junto con la sociolingüista Virginia Zavala, tiene un proceder distinto dado que fue publicado por Editorial Norma como libro de divulgación. En este libro se pretende formalizar unas herramientas y metodologías para el análisis de la oralidad. En el texto se expone, desde el campo teórico, el desarrollo de los análisis discursivos sobre la oralidad así como se debate la pertinencia de esta categoría. Vich y Zavala pretenden desarrollar una categoría de oralidad que dé cuenta de ésta como discurso en tanto político. Este libro es fundamental, puesto que en él se exponen explicativamente conceptos y metodologías presentes en sus anteriores trabajos.

También analizaré los artículos “Sobre cultura, heterogeneidad, diferencia” y “Desobediencia simbólica”. El primero, tal como *Oralidad y Poder* hace una revisión casi teórica sobre las categorías implícitas en su título. Cultura, sobre todo, será revisada a través de una perspectiva que complementa las nociones tanto de cultura como de representación que maneja Stuart Hall¹. El segundo artículo refiere a la performatividad como forma de resistencia y denuncia en la caída de la “dictadura fujimorista”. La performatividad, tanto en este artículo como en *Oralidad y Poder*, será un concepto clave para el análisis de la intervención política de la oralidad.

Por último, me interesa integrar a mi exposición la entrevista “Una violencia de novela”, realizada a Vich por el periodista Martín Paredes de la revista *Queahacer*, así como la conferencia “Desculturizar la cultura”, dictada en la Universidad de Puerto Rico en el 2011; puesto que Vich trata de manera privilegiada la oralidad, yo también quise darle cabida en mi trabajo. “Una violencia de novela” bien puede complementar el análisis de *Lituma en los Andes* que se realiza en *El caníbal es el Otro*. La relación entre violencia y novela en el Perú contemporáneo es revisada a través de la novela ya mencionada y *Abril Rojo* del también peruano Santiago Roncagliolo. De nuevo los entrecruces de cultura y política –la relación entre símbolo y poder– son evidentes así como la contextualización en el Perú contemporáneo. Por su parte, “Desculturizar la cultura” retoma la temática de

1 Teórico cultural y sociólogo jamaicano. Referente fundamental de los estudios culturales.

“Sobre cultura, heterogeneidad y diferencia”, la problemática de la noción de cultura en América Latina, y la articula con proyectos en políticas culturales.

Ya realizada la exposición de estos textos, me propongo identificar la formulación de conceptos, metodologías y propuestas teóricas presentes en ellos. Principalmente, revisaré los conceptos *lugar de enunciación*, *oralidad y performatividad*, las prácticas *etnográficas* y de *análisis textual* y la propuesta teórica de unos *estudios literarios interdisciplinarios* que Vich sugiere.

Lugar de enunciación

Si bien el concepto *lugar de enunciación* ya había sido utilizado en contraposición a la noción de perspectiva por Walter Mignolo, quien, a su vez, lo heredó del *standpoint epistemology* de la crítica feminista, en Vich éste adquiere un nuevo significado. Éste concepto, como ya señalé, tiene sus orígenes en la actividad antiesencialista de ciertas corrientes feministas (Haraway, Hartsock); surgió del deseo de formular una categoría que diera cuenta del vínculo entre conocimiento y condiciones sociales como “género” y “raza”. Walter Mignolo se apropia de éste en el marco del proyecto decolonial. Así, por *lugar de enunciación* se entiende un determinado espacio donde, desde ciertas categorías identitarias (raza, género, colonialidad), se da cuenta de cierto tipo de conocimiento.

Vich, aunque aún no retoma el término en su libro *El discurso de la calle*, declara una preocupación sobre la supuesta neutralidad del discurso de quien discursa. El autor nos dice: “Todos los lugares se encuentran epistemológicamente cargados (digo, condicionados por diferentes variables) y no existe un lugar vacío ni trascendente desde donde poder observar. Tampoco existe un lugar “puro” a partir del cual se pueda producir un único conocimiento autorizado y relevante”. (Vich, 2001, 27) En este fragmento podemos evidenciar que si bien Vich se plantea vínculos entre conocimiento y lugar (“condicionados por diferentes variables”), esta definición aún no da cuenta del enunciador sino, por ahora, únicamente del observador en tanto productor de conocimiento: “desde donde poder observar”, “a partir del cual se pueda producir”. Aquí, si bien la categoría de enunciante se encuentra esbozada, todavía la preocupación no trasciende del lugar del investigador, del lugar del etnógrafo. Es interesante también señalar que cuando el autor se refiere a “diferentes variables” aún no ha logrado una categorización de éstas. Por el contrario de la crítica feminista para la cual las variables son trazadas sobre el género, o la de Mignolo para quien son coloniales y raciales, en Vich aún no se determinan las variables implicadas en la localización. Como veremos luego, este asunto cada vez se afina más en sus trabajos.

Por otra parte, en *El caníbal es el Otro*, Vich explicita el uso del término y

hace uso de éste de la siguiente manera: “Por esta categoría –lugar de enunciación– hago referencia al contexto histórico de la enunciación y al conjunto de determinantes sociales que estructuran la condición social del enunciante. En mi opinión ambos condicionantes (*contexto y posición*) marcan buena parte de la identidad de todo discurso y son fundamentales para conceptualizar mejor la intervención política de la cultura” (Vich, 2002, 10). En esta definición vemos un gran cambio con respecto a la anterior. En primer lugar, el término *lugar de enunciación* se ha hecho evidente: esto se debe, probablemente, a que la preocupación de Vich, que antes se dirigía sobre el papel del etnógrafo y el investigador, se dirige ahora hacia el enunciante. Hay que recordar que este libro pretende dar cuenta de tres *standpoints* desde los cuales se discursa sobre el conflicto armado peruano. A su vez, lo que en el anterior libro se definía como “diferentes variables” en éste adquiere un volumen histórico y social cuando se describen como “determinantes sociales” que estructuran la “condición social” de quien enuncia. Es interesante también señalar que la identidad también aparece como premisa dentro del término. Posteriormente, como veremos, la identidad será fundamental para la definición propuesta por Vich.

En el libro *Oralidad y poder*, la oralidad es tratada como espacio, como lugar de enunciación. Vich y Zavala pretenden desligar la oralidad del análisis textual unidimensional y parten de que ésta siempre se encuentra contextualizada. Sobre la contextualización, así como sobre el rol que el contexto desempeña en la definición de *lugar de enunciación*, se nos dice: “nos interesa proponer una definición en la que éste (el contexto) emerge del conjunto de negociaciones que desarrollan los participantes en determinadas interacciones sociales dentro del discurso” (Vich y Zavala, 2004, 14). Posteriormente, se enunciará que lo que se negocia en estas interacciones son prácticas identitarias tales como género, raza, lengua, etcétera... Ahora, Vich se encuentra más cerca a la definición de lugar de enunciación de Walter Mignolo. Las “determinantes sociales” ahora son caracterizadas; se encuentran cargadas por múltiples identidades que discursan y producen un espacio epistémico, un *lugar de enunciación*. Más aún, Vich y Zavala utilizan la palabra *negociación* para referirse a la relación que tienen los diferentes discursos identitarios en la configuración del *lugar de enunciación*. El uso de esta palabra da cuenta de algo que no estaba presente en la definición de Mignolo ni de la crítica feminista. Para Vich, el lugar de enunciación implica un espacio de tensión entre discursos, donde el conocimiento no está condicionado por un contexto social sino que está en negociación entre múltiples discursos identitarios; es decir, el conocimiento no es homogéneamente concordante a su *lugar de enunciación* (un chicano homosexual en los EEUU no siempre va a pro-

ducir un discurso igual al de un chicano homosexual en los EEUU) sino que, por el contrario, un discurso tensionado da cuenta de un *lugar de enunciación* (de unas tensiones identitarias): el texto habla de una locación, una locación no determina a priori un texto.

Oralidad

En *Oralidad y poder* Vich y Zavala hacen uso de un capítulo completo para revisar tres escuelas a través de las cuales se ha estudiado la oralidad. La primera escuela, denominada “la gran división”, incluye a autores como Godoy, Havlock y Ong. Los autores nos dicen: para esta escuela “la oralidad y la literaticidad comenzaron a constituir una dicotomía en la que ambos usos eran capaces de delimitar diferentes “modos de pensamiento” y aparecían como sistemas diferenciados tanto formal como funcionalmente” (Vich y Zavala, 2004, 22). En esta escuela, oralidad se define en oposición a literatura, siendo la última una esencialización y la primera unas técnicas propias de un pensamiento subdesarrollado. Las diferencias que proponen esta escuela son dadas “como formas específicas (Godoy, 1977)” o “como facultades cognitivas (Ong, 1987; Havlock, 1994)” (Vich, 2001, 68). Esta dicotomía da cuenta de una perspectiva lineal occidental y progresista en la cual el desarrollo de ciertas técnicas propias de occidente implica un progreso universal.

La segunda escuela, en la que sobresalen Chafe y Tannen, “propuso que los procesos involucrados en hablar y escribir producen diferencias específicas en los productos de los dos extremos del *continuum*: el lenguaje hablado (informal) y el lenguaje escrito (formal). Estos procesos consisten en que hablar es una acción que ocurre más rápidamente que la de escribir y que si, por un lado, los hablantes interactúan con sus audiencias, por otro los escritores no pueden hacerlo de la misma forma” (Vich y Zavala, 2004, 32). Acá la diferenciación entre lo formal y lo informal no se desarticula de un esencialismo sobre lo formal. Si bien ya no se pretende una linealidad histórica evolutiva en esta propuesta, todavía se ejercen categorías que desconocen el proceder social, histórico y político de las categorías *formal* e *informal*.

Por último, “en contraposición a los modelos propuestos por autores como Godoy, Havlock y Ong, los *New Literacy Studies* intentan reaccionar contra los modelos teóricos que confunden lo que es mecánico con lo que es social” (Vich, 2001, 69). Estos estudios surgieron de investigaciones, en su mayoría etnográficas, sobre la enseñanza de la escritura en espacios no escolarizados. Estas investigaciones mostraron que “las habilidades que supuestamente debían ser consecuencia de la literacidad no se asociaban realmente con la escritura *per se* sino, más bien, con la manera en la que ésta se utiliza en la escuela” (Vich y Zavala, 2004,

37). “Lo que ellos postularon fue que la escritura produce diferencias pero sólo en algunas habilidades y en algunos contextos y que por ende, es mejor hablar de cambios “localizados” en determinadas habilidades cognitivas” (Vich y Zavala, 2004, 38). Así, la oralidad se desvincula de su clásica oposición con la literaticidad y se establece como una actividad comunicativa localizada, cuya especificidad no existe en su forma sino en su función.

Vich en su texto *El discurso de la calle* se ciñe al concepto de oralidad establecido desde los *New Literacy Studies*. El autor peruano, siendo consecuente con la idea de localización, aclara que si bien la oralidad ha sido vinculada tradicionalmente en el Perú con discursos andinos e indígenas, la oralidad que él tratará es otra: urbana y migrante. Así, al referirse a oralidad en los cómicos de la calle comprende incluso las transcripciones textuales que realiza, puesto que la oralidad no se limita al habla, sino que en éste caso específico abarca unas herramientas y técnicas verbales que implican una localización política, un *lugar de enunciación*. Así, la oralidad en Vich se piensa como espacio, como lugar: “el espacio de la oralidad es uno de los mejores lugares para constatar dicha problemática” (Vich y Zavala, 2004, 14). Aquí podemos constatar que la oralidad para Vich, no es, como podría llegar a pensarse, un texto localizado sino un lugar en sí mismo. Oralidad entonces, no sería una categoría de análisis universal, ni siquiera mutable, sino una manera de referir a un *lugar de enunciación*, un espacio de negociación de identidades único y particular. Oralidad en los testimonios de víctimas en *El caníbal es el Otro* no equivale a la oralidad de los cómicos ambulantes de *El discurso de la calle*.

En *Oralidad y poder* la oralidad adquiere algunas otras características que corroboran lo dicho con anterioridad. Al comienzo del libro se nos da una definición de oralidad. Se nos dice: “La oralidad no sólo es un texto; es un evento, una *performance*, y al estudiarla siempre debemos hacer referencia a un determinado tipo de interacción social. La oralidad es una práctica, una experiencia que se realiza y un evento del que se participa. Situada siempre en contextos sociales específicos, la oralidad produce un circuito comunicativo donde múltiples determinantes se disponen para constituirlos” (Vich y Zavala, 2004, 14). Como podemos evidenciar, aquí se reafirma la idea de la oralidad como lugar, como productora de circuitos comunicativos. La oralidad es entonces, en tanto evento, un engranaje más del contexto. Dado que para continuar definiendo el concepto de oralidad en Vich es necesario aclarar qué es *performatividad*, dedicaré algunos párrafos a este asunto a manera de contrapunteo.

Performatividad

La performatividad se nos muestra privilegiadamente en los textos *Oralidad y poder* y “Desobediencia simbólica”. En el primero, el término es utilizado para caracterizar la oralidad. Se nos señala que la oralidad es performativa “en tanto pone en público manifiesto la necesidad de representar y construir la vida de múltiples formas e iniciar así la búsqueda de nuevas posibilidades” (Vich y Zavala, 2004, 19). En esta primera definición la performatividad se define como manifestación que incide sobre cambios en la vida y sobre la representación de mundo. En este sentido, la performatividad se entiende como práctica política inscrita en un medio social.

El término performatividad, que surge de la conjunción de prácticas teatrales, la etnografía y la lingüística, da cuenta de “arte vivo”, es decir: manifestaciones estéticas. Vich, sin embargo, da al performance otra dimensión. Éste ya no implica de manera única un acto estético (sea teatral o plástico) sino que se pretende un acto político deliberadamente desestabilizante de un status quo: uno que invita a “iniciar así la búsqueda de nuevas posibilidades”.

Aunque, como ya vimos, la performance se describe como manifiesto, como práctica, Vich, al dar una definición concreta la describe también como espacio: “la performance se entiende como el espacio encargado de dramatizar tales características (identidades inestables) y revelar las posibilidades de agencia de los sujetos en la constitución del mundo social: ella nos permite visibilizar múltiples negociaciones frente al poder” (Vich y Zavala, 2004, 20). Esta definición se parece mucho a la que se le da a *lugar de enunciación*. La performatividad, a mi parecer, podría categorizarse como un determinado *lugar de enunciación* que visibiliza y dramatiza las negociaciones identitarias que se discursan en un acto. Así, la performance no se podría entender como simplemente una manifestación, sino como una puesta en escena de una condición política del conocimiento.

En “Desobediencia simbólica”, Vich retoma el término; esta vez de manera más conservadora. Si bien pareciera que en este texto, que no se detiene sobre una definición del término, performance tuviera la misma dimensión política que en *Oralidad y poder* vale la pena señalar que las *performance* analizadas en el trabajo suelen ser ejemplos de arte plástico inserto en una práctica dramática. Lo plástico de los ejemplos usados (la bandera lavada o el féretro negro) excluyen actividades performáticas que bien hubieran podido ser incluidas desde la perspectiva de performatividad planteada en *Oralidad y poder*. En este artículo, si bien se trazan vínculos entre cultura y poder, los análisis, al contrario de sus demás trabajos, no trascienden el análisis discursivo para situarlo.

En gran parte, el propósito de analizar estos tres conceptos fue mostrar categorías de análisis discursivo que trascienden el mismo, que llevan e invitan consigo a unas prácticas contextuales. A continuación me detendré sobre dos de esas prácticas: etnografía y análisis textual.

Etnografía

La etnografía, entendida de manera simple, consiste en la práctica de observar grupos humanos. Esta práctica ha sido característica de una de ciertas ramas de la antropología social y cultural; ésta surgió como método para el estudio y observación de lo que en el momento se denominó “comunidades aborígenes”. Recientemente, tanto la antropología como otros campos han hecho revisión sobre esta práctica, reformulándola y dándole nuevos usos para nuevos campos de saber. La escuela de Birmingham y el grupo fundador de los estudios culturales (Hall, Thompson, Hoggart) hicieron uso de este proceder para tratar problemas de campo, contextuales, que desde prácticas de análisis discursivo jamás se habrían logrado.

Los estudios literarios por otro lado, lugar disciplinar del que en parte proviene Vich, dado su vínculo intrínseco con lo textual, poco se han dado a la etnografía. Sin embargo, en *El discurso de la calle*, los métodos textuales le son insuficientes al autor peruano para dar cuenta, recopilar y aproximarse al discurso de los cómicos ambulantes.

Debido a su carácter itinerante (tanto en el cuerpo como en la palabra) los cómicos ambulantes no pueden ser leídos como objeto textual y es por esto que la etnografía surge como necesidad práctica. Debido a su formación como literato, Vich desconoce los procedimientos académicos, técnicos y metodológicos de la etnografía. La urgencia de esta práctica lleva entonces a la realización de, como él la llama, una “etnografía intuitiva”. El proceder intuitivo entonces, lleva a una etnografía contingente que surge de las particularidades, de las coyunturas diarias. Sin embargo, esas coyunturas producen diferentes nudos, lugares de conflicto, en la práctica etnográfica. Quiero ahora trabajar dos de ellos: la apropiación discursiva de Otro y la relación entre el etnógrafo y la comunidad.

Para tratar el primer asunto quiero señalar algo que Vich cuenta en el libro: en la mitología andina hay un personaje aterrador llamado el Pishtaco. Éste degolla a la gente y les toma su grasa. En tiempos coloniales la grasa que robaba el Pishtaco, se pensaba, era usada para engrasar las campanas de las iglesias. Luego, se nos dice que, en la actualidad, el Pishtaco lleva la grasa a los Estados Unidos para aceitar los electrodomésticos que más tarde son importados por el Perú.

Vich hace un paralelo entre el Pishtaco y él, como quien se apropia de la “grasa” del Otro para escribir un libro. Hay que señalar que debido a que este trabajo fue escrito como tesis de posgrado en la universidad de Georgetown, Vich traslada la grasa, al igual que el Pishtaco, a los EEUU. ¿Qué implicaciones tiene que unas grabaciones, unas experiencias, unos discursos orales de las plazas de Lima sean trasladados a EEUU y vueltos al Perú convertidos en libro? ¿Qué implicaciones tiene esto en el trabajo etnográfico?

Si bien Vich no encuentra una respuesta plena a esto, nos señala cómo, en parte, los cómicos también hacen una apropiación de su trabajo. Para ellos, el libro implica un argumento más para su continua lucha por sobrevivir en la calle ante el acoso policial de la municipalidad de Lima. Vich retoma ciertos diálogos con la policía, ciertas maneras en las que ellos refieren al libro como una herramienta política útil para ellos, útil para la validación de su discurso ante entidades de poder. El etnógrafo entonces, no puede entenderse como un sujeto colonial que ejerce dominio sobre sujetos pasivos sino que éstos también se apropian del trabajo etnográfico como forma de resistencia.

Esto nos lleva hacia el segundo punto. Vich, a través de su etnografía, establece un vínculo, una amistad con los cómicos ambulantes. En este proceso se empieza a preguntar por la percepción que ellos tienen de él. En algunas conversaciones, particularmente en unas grabaciones hechas en su despedida, se le señala como Vich es para ellos un sujeto “de otro lugar”, “de otro mundo” y se dice “eso es lo que me duele carajo/ que haya utilizado su posición para poder entrar de frente” y además “se ganó la amistad/ (yo lo amo)” (Vich, 2001, 37). Vich identifica en esa serie de enunciaciones una percepción múltiple de parte de los cómicos. Ellos no lo miran tan solo desde un lugar, la mirada de ellos es activa, y, además de activa, no es homogénea. Víctor no es visto como simplemente un etnógrafo, se le ve como un “pata”, como un amigo, como un “infiltrado”, como un “literato”. La relación entre etnógrafo y comunidad es múltiple y discordante, implica unas relaciones de poder, relaciones vitales que hacen que la supuesta pureza de quien observa sea imposible.

Las tensiones formuladas en la práctica etnográfica producen por sí mismas un *lugar de enunciación* nuevo, un nuevo sitio en el cual se negocian identidades. En gran parte el concepto de *lugar de enunciación*, sobre el cual ya hablamos bastante, surge de estas coyunturas, así como el trabajo etnográfico surge de la necesidad que tiene Vich de contextualizar determinado análisis discursivo.

Análisis textual

Si bien el análisis textual es una práctica más bien común en estudios literarios, la manera en la que Vich la ejerce es particular. En *El discurso de la calle*, así como en *El caníbal es el Otro* y *Una violencia de novela*, el análisis textual se enfoca en la contextualización de cada texto. Para esto, algunas de las categorías enunciadas con anterioridad, así como el método etnográfico son fundamentales.

Como vimos con anterioridad la etnografía que practica Vich da cuenta de unas coyunturas particulares entre el discursante y quien lo observa. Estas coyunturas se explicitan antes de cada intervención textual, para contextualizar y localizar el texto que se analiza. Queda claro para el lector de *El discurso de la calle* que cada vez que se transcribe un fragmento discursivo a manera de texto Vich lo localiza y contextualiza. En múltiples casos, un análisis textual inicia con frases como: “Todos ellos se rieron muchísimo con el siguiente discurso”, “Pompín se ha sacado la camiseta y está enfrentando su diminuto cuerpo a los espectadores y a la monótona garúa del invierno limeño” (Vich, 2001,107). Así, si bien Vich nos expone el discurso transcrito como texto da cuenta de éste como *performance*.

En *El caníbal es el Otro* y “Una violencia de novela” el trabajo textual, de todas formas, busca maneras de ser contextualizado. Por ejemplo, las novelas de Vargas Llosa y Roncagliolo son leídas en contrapunteo con el informe Uchuraccay. Este informe, de gran relevancia en el conflicto armado peruano, fue solicitado por el gobierno de turno a “hombres de letras” y “figuras intelectuales” del Perú para aclarar el asesinato de unos periodistas al comienzo de los enfrentamientos. Vich desarticula el lugar de enunciación del informe junto con el de las dos novelas para compararlos, para revisar cómo estos discursos validan la perspectiva costera, letrada y gubernamentalista sobre la guerra. Así, a través del análisis textual “clásico” se devela un contexto. Vich, entonces, ofrece un método usual en los estudios literarios que se articula con lo político/cultural.

Estudios literarios interdisciplinarios

Cuando Vich se propone denominar su proceder en *El discurso de la calle* y *El caníbal es el Otro* utiliza el término “estudios literarios interdisciplinarios”. Es claro para quien revisa estos dos textos que si bien el trabajo realizado en ambos es similar, cada uno da cuenta de métodos diferentes. En el primer libro, *El discurso de la calle*, la etnografía es fundamental, mientras que en el segundo el uso del término *lugar de enunciación* atraviesa todo el análisis. Textos distintos, conceptos distintos y métodos distintos son usados, y aun así se puede denominar ambos procederes de la misma manera, ¿por qué sucede esto?

En los dos trabajos, así como en “Una novela de violencia” y “Desobediencia simbólica”, si bien las metodologías, textos y conceptos cambian, cambian en función de una preocupación particular y localizada por la relación entre un acto verbal (cultural) y su incidencia política. Vich procede sobre textos literarios para, a través de los medios necesarios prestados de otras disciplinas, evidenciar su vínculo con lo político. Lo que he intentado evidenciar a lo largo de esta reseña son las herramientas teóricas, conceptuales y metodológicas que son utilizadas por Vich y cómo éstas dan la posibilidad de un análisis de lo cultural (en su mayoría de productos verbales) en términos políticos y contextuales.

El proyecto político/cultural de Vich se puede insertar en la narrativa del proyecto de los estudios culturales: no en vano es profesor en la maestría de estudios culturales de la Universidad Católica del Perú. Las inquietudes de Vich que se presentan en el texto “Sobre cultura, heterogeneidad y diferencia” y en su conferencia “Desculturalizar la cultura” dictada en la Universidad de Puerto Rico en el 2011, dan cuenta de preocupaciones similares a las de los fundadores del Center of Contemporary Cultural Studies en Birmingham en los años sesentas. La definición de cultura se pone en juego, se rechaza la noción de alta cultura, se hace una revisión sobre el papel de la *representación* dentro de la cultura así como sobre el de la *presencia* y lo vital. Vich refiere a todos estos temas mientras que, a través de diálogos con textos escritos en Latinoamérica, articula cómo estas problemáticas se han desarrollado en el continente. Acompaño como ejemplo una cita: “La cultura “popular” sería una cultura de la *presencia*, la “cultura” de la *representación*. Esta última expulsaría la *presencia* de las cosas y del cuerpo. Aquella las afirmaría. La *representación* distancia: convierte a las cosas en objeto. La cultura de la *presencia* busca aproximarse a las cosas (López Maguñá, 4)” (Vich, 2001b, 3).

Vich retoma la cultura en su dimensión política, y apuesta favorablemente al desarrollo de políticas culturales que refieran al papel social y político de ésta. Para Vich, es necesario tener políticas culturales que se adecúen a la función social de la cultura en América Latina. Heterogeneidad y diferencia son dos requisitos necesarios para la articulación de políticas apropiadas. Para Vich, en su faceta más reciente: la de gestor público, políticas culturales participativas, que pongan en diálogo a los que las producen y distribuyen, son necesarias dentro del proyecto político cultural en América Latina.

Podemos contrastar el trabajo textual, analítico del primer Vich con el trabajo de gestión que realiza el más reciente. Ambos pueden adscribirse a un proyecto cultural que dé cuenta el vínculo entre política y cultura en contextos determinados. Sin embargo, tan solo en el primer Vich, quien es quién más me

he empeñado en esbozar a lo largo de este trabajo, tiene un detenimiento sobre los productos que desde ciertos lugares de enunciación, académicos, editoriales y populares, se presumen como literarios. Esta conjunción entre estudios culturales y estudios literarios, a mi parecer, amerita detenimiento de parte de los dos campos de saber. Las diferencias, las rencillas y la absurda necesidad de contrastar dos propuestas que tienen bastante en común bien pueden dejarse de lado. No vale la pena hacerse la pregunta por lo que diferencia los estudios literarios de los estudios culturales, si esto no implica más que una taxonomía del saber, si esto no implica revisar supuestos, compromisos y especificidades, si esto no implica la construcción de puentes analíticos y metodológicos. A mi parecer, desde mi de/formación en estudios literarios, un autor como Vich y su práctica interdisciplinar motiva a preguntarse ¿qué se nos ofrece desde los estudios culturales para hacer y pensar los estudios literarios latinoamericanos hoy? ¿Qué se nos ofrece para repensar los aprioris, el proceder y la función de los estudios literarios hoy en Latinoamérica?

Obras citadas

- Paredes, Martín. “Una violencia de novela. Una entrevista a Víctor Vich por Martín Paredes”. *Quehacer*. En: http://www.desco.org.pe/apc-aa-files/6172746963756c6f735f5f5f5f5f5f/20_Vich174.pdf (22/04/2012).
- Vich, Víctor, “Desculturalizar la cultura. Retos actuales de las políticas culturales”. Conferencia mayo 4 de 2011. Universidad de Puerto Rico- Recinto de Río Piedras. Gestioncultural IPR. En: <http://www.youtube.com/watch?v=ke--RqsMcy8>. (02/12/2011).
- y Virgina Zavala. *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2004.
- “Desobediencia simbólica: performance, participación y política al final de la dictadura fujimorista”. En: *La cultura en las crisis Latinoamericanas*. Alejandro Grimson (ed.). Buenos Aires: Clacso, 2004.
- El caníbal es el Otro. Violencia y cultura en el Perú contemporáneo*. Lima: IEP Ediciones, 2002.
- Víctor Vich. *El discurso de la calle. Los cómicos ambulantes y las tensiones de la modernidad en el Perú*. Lima: IEP ediciones, 2001.
- “Sobre cultura, heterogeneidad y diferencia”. En: *Estudios Culturales. Discursos, poderes y pulsiones*. Santiago López Maguiña, Gonzalo Portocarrero, Rocío Silva Santisteban y Víctor Vich (eds.). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 2001b, 27-41.